

“SONRISE EN LUTO PONE FIN A UN GRAVE PROBLEMA”

Mensaje para el tercer domingo de Pascua

Del pastor Norman Staker

19 de abril de 2026

HECHOS 2: 14A, 36-41 ✱ 1 PEDRO 1: 17-23 ✱ LUCAS 24: 13-35

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA RESUCITADO; VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

“Léeme el cuento otra vez” es una frase que se escucha con frecuencia en muchos hogares cuando los niños crecen. Garrett tenía un libro favorito sobre camiones, que, por supuesto, se llamaba “¡Todos a bordo, camiones!”, y quería que se lo leyera todas las noches antes de que se acostara a dormir. Yo me frustraba mucho; Garrett, ya te lo leí las últimas noches; ya te sabes la historia. No me importa; quiero que me la vuelvas a contar. Así que cada noche, esos mismos camiones estaban en movimiento, en la ciudad, en el campo, en el barrio, haciendo el trabajo que hicieron la noche anterior, y la anterior a esa, y así sucesivamente. Era un libro bonito y entendía por qué quería que se lo leyera, y siempre quería que se lo leyera yo, no su madre. Supongo que ella tuvo más suerte que yo. ¡Por todas partes se ven camiones en movimiento!

Quizás algunos de ustedes hicieron lo mismo. Muchos padres les leen a sus hijos a diario, a menudo cada noche antes de que se vayan a dormir, como era el caso de Garrett. Los niños, como muchos de nosotros, y como Garrett, tienen cuentos favoritos, así que es posible que se encuentren sentados en el sofá o en su sillón preferido, noche tras noche, pasando las páginas de cuentos que pueden recitar de memoria por lo familiares que son. Claro, a veces los niños retrasan intencionalmente la hora de acostarse, pero no se puede negar el poder de los cuentos para conmover y despertar la imaginación.

La narración de historias ha sido fundamental en la experiencia judeocristiana. De hecho, eso era precisamente lo que hacían los dos discípulos mientras caminaban

de Jerusalén a Emaús tras la muerte y resurrección de Jesús. Mientras caminaban, comentaban todo lo que había sucedido recientemente, sin que ellos lo supieran, Jesús caminaba a su lado. Su pregunta sobre su conversación dio pie a una historia, una historia que, irónicamente, esperaban que él ya hubiera oído, sin darse cuenta de que era la propia historia de Jesús. Ante la insistencia de Jesús, retomaron el relato, contando las esperanzas y las penas que habían vivido en los últimos días.

Contar la historia de nuestras vidas y de nuestras congregaciones es una labor importante en nuestro camino por la vida. Nuestra historia, y nuestra perspectiva sobre ella, es única. La historia de nuestra congregación es la historia de nuestra fe. Es la historia de cómo, a lo largo de los años, nos hemos esforzado por administrar con responsabilidad los recursos humanos, los dones, las energías, el tiempo y las oportunidades para compartir las buenas nuevas de Jesucristo.

La eficacia con la que contamos nuestra historia influye en cómo la recibirán las personas. Con palabras, imágenes, videos, en persona, en línea, en materiales impresos, contamos la historia de la interacción de Dios con nosotros y nuestro llamado a servir al mundo. Así que, cuando Jesús se une a estos discípulos, no es de extrañar que comience pidiéndoles que cuenten su historia. Y se une a ellos mientras comienzan. Jesús escucha mientras cuentan su historia y, cuando terminan, dice: «¡Qué insensatos sois, y qué lentos de corazón para creer todo lo que los profetas han declarado!». Es como si dijera: «¡Vamos, muchachos! ¡Pónganse al día! ¿De verdad creen esto todo?». Jesús escucha su historia y luego vuelve al principio, con Moisés y los profetas, y les explica lo que se dice de sí mismo en todas las Escrituras. Jesús escucha sus palabras y las pone en un contexto diferente, les da una nueva perspectiva. ¡Ellos cuentan su historia y él les aporta una nueva perspectiva! Reinterpreta para ellos las cosas que creían saber.

Los atletas en entrenamiento hablan de sentir el ardor. Y te preguntarás: ¿por qué hablamos de sentir el ardor después de hablar de historias y libros? Espero poder explicarlo. Quienes no son atletas y tal vez tuvieron un pasado de consumo de alcohol podrían pensar que el calor que se extiende por el cuerpo después de un trago de whisky es como sentir el ardor, o la sensación de quemazón al bajar por la garganta. Los verdaderos discípulos de Cristo, que ejercitan su fe y son llenos del Espíritu Santo, en lugar de espíritus, también sienten un tipo diferente de ardor, más parecido a una llama que a una sensación de calor. El Evangelio de hoy nos habla de dos de los discípulos que sintieron el ardor después de la resurrección de Cristo.

Aquel mismo día, dos discípulos iban a una aldea llamada Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había sucedido. Mientras hablaban, Jesús se acercó y caminó con ellos, pero sus ojos estaban velados para que no lo reconocieran. Entonces les dijo: «¿De qué hablan mientras caminan?».

Muchas veces, la herida llega cuando menos te lo esperas y no en el lugar que imaginas. Toda la acción se desarrollaba en Jerusalén y estas personas se alejaban de ella. Sentían que todo había terminado y tal vez regresaban a casa derrotadas y desesperadas. Emaús estaba a unos once kilómetros de Jerusalén. No se especifica, así que podría tratarse de su ciudad natal o simplemente del lugar donde pasarían la noche antes de continuar su viaje. Experimentarían de verdad los sucesos de Jerusalén a once kilómetros de donde creían haberlos vivido.

Es maravilloso que el nombre Emaús signifique manantiales cálidos, pues la fuente de sus corazones estaba a punto de ser reavivada. Hablaron de lo sucedido, pero veremos que solo creían saber lo que había pasado. A veces, sentimos el ardor cuando pensamos que no hay nada que sentir o que nada arde.

Estaban absortos en su conversación y razonamiento, y ni siquiera notaron que Jesús se acercaba. No los sorprendió. Simplemente estaban demasiado ensimismados. ¿Cuántas veces Jesús se ha acercado a ti y a mí, pero estábamos tan absortos en nuestro ministerio o en nuestros problemas que ni siquiera lo notamos? Él dijo que siempre estaría con nosotros, pero a menudo no sentimos su presencia porque creemos tener nuestra vida y nuestros problemas resueltos, o al menos estamos en la etapa de planificar cómo resolverlos.

Jesús no les permitió reconocerlo al principio. Creo que quería que le abrieran sus corazones como a un extraño, pues la alegría de verlo los habría llenado de tal manera que habrían dejado de lado todas sus dudas. No quería que simplemente ignoraran sus preguntas. Quería que tuvieran la oportunidad de aprender a manejarlas. Los escuchó.

Con frecuencia nos abrimos más a un extraño que al Señor que nos ama. Es como si pensáramos que Él desconoce nuestras dudas y temores, y no queremos arriesgarnos a su disgusto expresándoselos. ¿Acaso no es absurdo? Quien creó el universo y a nosotros lo sabe todo. Bien podríamos abrirle nuestro corazón y dejar que responda nuestras preguntas y disipe nuestras dudas. Ocultarlas solo nos causa dolor.

¿No les encanta esto? Les preguntó qué les pasaba, aunque sabía perfectamente lo que decían y por qué estaban tristes. A menudo nos preguntamos por qué nos molestamos en orar, si Él ya sabe lo que vamos a decir antes de que lo digamos y lo que necesitamos incluso antes de que nosotros mismos lo sepamos. La respuesta es que Él quiere que sus hijos interactúen con Él. Es un Dios que escucha.

Piénsenlo: a menudo creemos que un amigo es la mejor persona del mundo y muy sabio, cuando en realidad lo único que hizo fue escuchar. Quizás no dijo ni una palabra, pero al terminar de hablar con él nos sentimos muy bien y le agradecemos efusivamente todo lo que ha hecho, mientras él se pregunta qué gran sabiduría nos transmitió. ¡Nos escuchó! Y si podemos obtener tanto de otro ser humano frágil que no es omnisciente ni omnipotente, ¡imaginen lo que obtendríamos si dejáramos que Dios, que es ambas cosas, nos escuchara y actuara con perfección para proveernos lo que necesitamos!

Cleofás significa padre renombrado, lo que me hace pensar que era un hombre maduro y piadoso a quien la gente acudía en busca de sabiduría. Su reacción a la pregunta de Jesús, en términos actuales, podría haber sido: «Hombre, ¿dónde has estado?» o «¿De qué planeta eres o de qué barco acabas de bajar?». Después de todo, todo esto había ocurrido hacía solo unos días, y el hombre debía ser un extranjero recién llegado a la zona para no saber lo que había sucedido. Las crucifixiones eran comunes en aquellos tiempos, pero un hombre como Jesús no lo era, y ahora, con la noticia de su resurrección, no había lugar en la región que no estuviera lleno de comentarios sobre estos sucesos.

¡Esto es genial! Jesús quiere escuchar su punto de vista sobre los acontecimientos y sobre quién era, o mejor dicho, quién es. Cleopas comienza llamando a Jesús un poderoso profeta, y sin duda lo era. Dice que sus obras y palabras eran obviamente de Dios y que las realizó públicamente, no en algún rincón oscuro con solo unos pocos testigos. Las hizo delante de Dios y de todos. De hecho, en su bautismo, tuvo la aprobación verbal de Dios Padre y el sello simbólico del Espíritu Santo en forma de una paloma que se posó sobre él. ¡Vaya, pensamos que el sello de aprobación de Good Housekeeping es algo importante! Cuando el Padre y el Espíritu aprueban y sellan, ¡no hay nada mejor que eso! ¡Hasta ahora, Cleopas tiene una imagen bastante buena de Cristo!

Su relato de lo sucedido es preciso, ¡pero después vemos cómo la duda y la confusión se apoderan de nosotros! Nótese que confiaban en el pasado, creyendo que Jesús debía haber redimido a Israel. Pensábamos que este hombre era el redentor, pero ahora todo es posible y por eso estamos tristes. Jesús ha muerto,

toda esperanza se ha perdido e Israel no se ha salvado. La cosecha ha terminado. Por cierto, lleva tres días fuera y estamos intentando seguir adelante con nuestras vidas tras esta gran decepción.

No solo eso, sino que estamos desesperados porque algunas de nuestras mujeres fueron temprano a la tumba y el cuerpo había desaparecido. ¡Malditos romanos o fariseos, seguro que se lo robaron! Las pobres estaban tan angustiadas que dijeron haber visto ángeles e incluso a Jesús vivo. En fin, otras dos fueron y sí encontraron la tumba vacía, pero, por supuesto, no vieron a Jesús.

Escucharon el testimonio de la tumba vacía, pero sabían que tenía que haber una explicación lógica. Sí, tal vez habían visto a Jesús resucitar a otros, pero, claro, nadie puede resucitarse a sí mismo. ¿Verdad? ¡Pues no, no, no! ¡Alabado sea Jesús, estaban equivocados!

No sabemos cuán cerca estaban de Emaús cuando Jesús se unió a ellos, pero Él completó todo el estudio desde Génesis hasta Malaquías para cuando llegaron. ¡¡¡GUAU!!! Hemos estado discutiendo estas cosas durante siglos y solo Dios sabe cuántas horas de homilías y seminarios hemos dedicado a ellas, sin contar los megatones de papel y ahora los megabytes de datos que hemos recopilado. Quizás si pasáramos más tiempo con el Maestro en el camino, podríamos llegar a una conclusión definitiva sobre el asunto. Dios logró contar su historia de principio a fin en 66 libros y tuvo a su Hijo en la tierra solo tres años para completar su misión. Hemos pasado dos mil años como periodistas políticos diciéndole a la gente: "Lo que realmente quiso decir fue...". Personalmente, creo que Él dijo lo que quiso decir y cuanto más sencillas sean nuestras homilías y teologías, mejor nos irá cuando estemos ante Él y reciba su revisión de nuestra revisión de su Palabra.

Mientras Jesús hablaba, estos muchachos aún no lo reconocían. Debían de estar maravillados por su conocimiento de la Ley y los Profetas. Pensaban: «Seguro que es un gran rabino o maestro, y no podemos ser tan groseros como para no ofrecerle alojamiento y comida después de una enseñanza tan valiosa». Hoy en día, en lugar de invitar al predicador a comer pollo frito los domingos, la gente se sienta a criticarlo. Estos muchachos sabían reconocer una buena enseñanza y la respetaban más que nosotros. La enseñanza no es agradable si nos perjudica.

Si eres como yo y lees la misma historia una y otra vez a tu hijo o hijos, rara vez encuentras algo nuevo. Cuanto más familiarizados estamos con la historia, menos capaces somos de distanciarnos de ella, de escucharla como si fuera la primera

vez. Cuanto más condicionados estamos a escuchar la misma historia contada con la misma voz, al mismo ritmo, con el mismo lenguaje, ¡más inofensiva se vuelve! Cuanto más seguros estamos de que conocemos el desenlace, de que nos hemos memorizado el guion, ¡menos interesante, menos transformador es su poder! Después de leer la misma historia noche tras noche, puedes, y muchos lo hacen, cerrar los ojos y decir las palabras mientras pasan las páginas. Pero ¿qué pasa si te saltas una palabra o una línea? Sí, se darán cuenta; no te atrevas a cambiar las palabras, la rima o el ritmo. Curiosamente, Jesús se encuentra con los discípulos en el camino y les cuenta su propia historia de una manera nueva. Y, efectivamente, escucharon algo que no habían escuchado antes.

Aquellos discípulos invitaron a Jesús a quedarse con ellos para bendecir y partir el pan. Se estableció la conexión. Lo familiar, ese ritual de la mesa, se volvió nuevo. Lo oculto, revelado. Lo que faltaba, completo. La historia se aclaró y la verdad que contenía se hizo evidente. En ese instante, se les abrieron los ojos y vieron a Jesús, y probablemente a sí mismos, bajo una luz completamente nueva.

Los dos discípulos estaban ansiosos por regresar a Jerusalén, a pesar de que ya era tarde. Tenían que volver y contarles a los demás lo que habían visto y oído. Si Jesús estaba vivo, no había tiempo que perder.

Que este Cristo vivo permanezca con nosotros en este tiempo de Pascua, para que se nos abran los ojos, para que podamos experimentar la verdadera comunión, para que nuestros corazones ardan con la historia de nuestra propia visión de la historia que nos da vida.

Amén.